

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.
Extranjero 7'50 PESETAS trimestres.
Comunicados á precios convencionales.
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18

VIERNES 6 DE JUNIO DE 1902

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En segunda plana. 00'50 pesetas línea
En tercera. 00'10 id id.
En cuarta. 00'05 id id.

Administración: Saavedra Fajardo, 15.

Declaraciones importantes

Muy comentado ha sido el discurso que pronunció el Sr. Canalejas, en el banquete con que le han obsequiado importantes elementos políticos, y según aseguran los periódicos de la Corte, se ha reconocido por todos la trascendencia de las declaraciones del insigne ministro demócrata. Nosotros las reproducimos con gusto y al felicitar por ellas al Sr. Canalejas, le aconsejamos no ceje en el camino que sigue. Por él se llega á la victoria. ¡Adelante!

Queridos amigos, queridos correligionarios: Sin los comentarios que el interés político ó la envidia personal han puesto á este banquete, limitaríamos mis palabras á expresar y consignar mi gratitud y mi afecto á todos vosotros; pero yo soy un hombre esclavo de la simpatía, un espíritu en quien desborda la sinceridad.

Yo vivo en la calle, yo aliento al sol y al aire, no sé encerrarme en nebulosidades, yo no conozco el miedo, no abigo jamás la desconfianza en el poderío de las ideas y en el predominio de la conciencia de los hombres honrados, de una voz sincera.

Se ha dicho, señores, lo he de recoger ahora para combatirlo; se ha dicho que venimos aquí, yo ministro hace unos días leal del rey, á escarnecer la monarquía; yo, antiguo amigo del señor Sagasta, á ofenderle y agravarle. Solo cerzanos menguados pueden sentir así y vilipendiarle de ese modo.

Yo, señores, ministro tres veces desde 1889 hasta el año último, he tenido para el Sr. Sagasta, no digo más, pero sí todos los respetos que merecía; yo he tenido para el partido liberal silencios patrióticos ó silencios equivocados en la ocasión solemne de mi regreso de Cuba, el más grande sacrificio que puede hacer un hombre por no haber ganado toda aquella inmensa popularidad diciendo á la patria toda la verdad.

Aplaudís lo que en la memoria vuestra está, aquello que aquí nos reúne. Estamos reunidos, señores, á lo que á mí me parece, recordando que yo fui muchas veces requerido por el jefe del partido liberal para formar parte del Gobierno, y le dije con entera sinceridad lo que es cierto: que yo soy un hombre de convicción tan firmísima, que no pude contenerme en las estrechas disciplinas de un Gobierno español. Obedecí porque nadie creyera encontrar en mí un espíritu tibio, un ansia impaciente, los lucros de un bufete, las comodidades de un hogar, todo, en fin, lo que retiene en los egoísmos insanos á los hombres.

Yo fui al Gobierno, señores, pactando y escribiendo un programa, y poniendo allí mi fuerza, mi honor, y dando al país con ello una garantía de gobierno. Pocos días después de constituirse aquel Gobierno estaba allí, señores, mi cuerpo, estaba allí mi palabra, estaba allí, en algunas ocasiones, hasta el fingido ardimiento de mi entusiasmo; no estaba mi corazón, no estaba mi espíritu; pues yo he devorado las tristes amarguras de vivir aislado viviendo en compañía. Recogí en la soledad de mi espíritu grandes tristezas, de lo cual no inculpo á nadie sino á mí; que yo hice mal cediendo á aquella aspiración que me había colocado en los escaños rojos sirviendo al partido liberal de ariete contra los conservadores. Y los hombres del partido liberal, que tanto aprovecharon las consecuencias de mi esfuerzo, no me pueden negar hoy todos los tributos de consideración y los aplausos que me prodigan.

No, señores. A quien luche como yo, contra los enemigos de la libertad, con menos talento y menos elocuencia que otros; pero con más energía y entusiasmo que nadie, no se le pueden negar los aplausos. No; la fecha de mi caída estaba escrita, y escrita por mano de tal autoridad que parecía una sentencia. Estaba escrita desde el 19 de Marzo. Había yo de salir cuando jurase el rey, cuando terminó la única misión que yo he tenido en el Gobierno; yo la cumplí con noble sinceridad; yo presté alguna vez algunos servicios al partido liberal; yo presté á la paz pública, al partido liberal, á mi manera á la monarquía, un servicio grande, que nadie

agradecerá, pero yo me siento orgulloso por haber trabajado por la paz y el orden, porque yo soy el espíritu más radical de la política española y de la política imperante; pero soy un hombre de Gobierno que desea poner las ideas al servicio del orden público, que no es el mauser, que no es la fuerza, sino la conciencia social, la que todo lo transforma; es la voluntad del país, elevada á la suprema garantía del poder público.

No se gobierna sino con la nación y por la nación, y se es gobernante y demócrata y liberal y se aplica, si hace falta, la autoridad. Yo, llamado al Gobierno, no discutí el puesto; otros lo discutieron. Entonces yo recibí, no sólo en las intimidades del Consejo de ministros, sino que de muchos de vosotros, de algunos ahora ausentes por temor á que aparecieran divorciados de otras personalidades, yo recibí plácemes entusiastas, y se me dijo que había prestado grandes servicios al partido liberal.

Ya decía mi querido amigo Sr. Alonso Castrillo: vosotros venís aquí á corroborar los aplausos públicos que me prestásteis en el Parlamento; pero, ¿á quién los dísteis? Los dísteis al pacto firmado en casa de Sagasta, á la declaración ministerial, á mis discursos pronunciados sin contradicción de nadie, antes bien, con aprobación manifestada en cartas privadas, en las cuales todos ó casi todos los ministros atestiguan su entusiasmo con frases falsas, que me daría rubor el repetirlos. Si, los dísteis á los ministros, al presidente del Consejo de ministros, á mi viaje á Cataluña, en que dí la paz á España; se los dísteis á mis palabras en el Tiro Nacional, en que supe recoger los sentimientos del ejército, asociándolos al país, entre los cuales tantas veces se había establecido un imposible divorcio.

Los dísteis allí, y muy fervorosos, á la generación democrática, al espíritu nuevo, sin el cual yo no sabría vivir. Eso que aplaudís entonces, eso celebráis hoy; soy el mismo. ¿Hay, por ventura, en mis juicios, en mis palabras y en mi conducta alguno que discrepe? ¿No sois vosotros, hombre leales y generosos, los que selláis con vuestros aplausos lo de ayer? No he cambiado.

Lo que dije desde el banco azul aquí digo ahora; eso declaro ante vosotros, próximo á emprender por toda España una constante peregrinación, una activa propaganda, cumpliendo con mi deber, con los grandes deberes morales para cuyo cumplimiento yo no tengo descanso ni miedo.

Yo dije desde el banco azul que este programa no era, no podía ser admitido como un artificio para retenerme en el Gobierno unos días y sacar el jugo de la substancia de mi representación en el ministerio, sino que fue leal y noblemente admitido por todos los que colaboraron en él. Ese programa será.

Iré siempre adelante y llegaré, he dicho en el Congreso, y lo repito ahora con la más absoluta convicción; llegaré y venceré.

Ser jefe del partido liberal vegetando en los ministerios, transigiendo con las ideas ultramontanas, mirando, destrozando las codicias, las ansias de mando de caciquismo en los hombres, pervirtiendo la codicia de la juventud, señalando el camino de todos los apetitos y de todas las codicias, muy humilde hoy para ser muy grande mañana, vistiendo el cilicio y el sayal del arrepentido para después ser impuro gobernante. Eso no lo sé hacer. Yo seré lo que sea, chico ó grande, pero seré yo con mi convicción, seré yo con mi ardimiento, seré yo con mi entusiasmo, seré yo con mi honor, y voy camino de serlo; jamás la soberbia, señores, ha ganado mi pecho; nunca jamás la soberbia me ha ofuscado, y yo no me siento soberbio, porque estoy convencido de mis fuerzas.

Yo he recibido, señores, de todos los más importantes y vitales elementos de la sociedad española en estos días tales pruebas de adhesión, que yo desafío las burlas ajenas, los retos del poder, si por ventura, que no lo creo, fuera necesario algún día desafiarlo.

Yo he visto, señores, que represento, no solo el espíritu liberal y democrático de España, sino el espíritu europeo; las ansias de regeneración para que España pueda ser contemporánea de las otras naciones, y no vivir en el siglo XVIII. Asomas á las columnas de la prensa extranjera, francesa, italiana,

alemana, á lo europeo y progresivo, y allí encontraréis exaltada mi conducta por la torpeza de mis adversarios, que al deprimirme me elevan; mi nombre asociado á un aliento y á una esperanza en el porvenir de España; pues esa es mi fuerza esos son los elementos con que yo quiero combatir.

Yo no pido de ninguno de vosotros más concurso ni más homenaje que el que me dispensa vuestra voluntad esta noche. Con ello estoy pagado, recompensado de los servicios que haya podido prestar al partido liberal y hasta de las muestras de deferencia íntimas que os dispense cuando honrásteis mi hogar y el ministerio de Obras públicas como honraron otros que, mirando al cielo, en el poder se ofuscan.

Política oficial, política somera, política externa! Eso ya murió para siempre. Política intensa, política honda, política íntima que mueve las entrañas de la sociedad española; esa es la política, no del porvenir, del presente. Esa política represento y sirvo yo.

Triste, doloroso es para el profesor quirúrgico sondar la llaga, revelar la herida y penetrar la esencia nociva del mal que va á curar; pues para eso, con energía, con alientos, yo, desde el banco azul, he penetrado y en mi propaganda penetré en las grandes llagas para descubrir las vísceras íntimas de la nación española y revelar su daño con su mal. No creáis que volviendo los ojos al mal se cura, que adormeciéndole con esperanzas fallece. Con mentiras retóricas no curaremos á España.

Está enferma y necesita quien la cure y hay que acercarse hacia ella con ánimo sereno, con imperturbable energía. Esto lo puedo hacer, lo debe hacer si cumple sus deberes de honor, el partido liberal, porque por algo lo ha escrito en su programa.

Pero ya he dicho y repito que si fuera imposible realizar lo que pienso, dentro del partido liberal, en bien de España lo realizaría con todo empeño, con toda energía, fuera de él. Son los partidos, como su nombre indica, una parte de la nación y el todo es siempre más respetable que la parte. Yo he dicho esto en el banco azul sentado á su cabeza el ilustre jefe del Gobierno, cerca de mí los hombres más importantes de aquel gabinete y alguno me dió algún abrazo y me aplaudió la mayoría, pues si siendo ministro se me aplaudió, ¿por qué censurarme ahora?

A eso voy. Mi primer juramento ha sido para mi patria. España es para mí más grande que todo, y aquí lo digo ante vosotros, monárquicos, liberales, sagastinos, ante toda España, porque Sagasta es mortal y la monarquía es perecedera, España es santa é inmortal.

Señores, no brindemos por esencias perecederas, no brindemos por hombres mortales, no brindemos por ministros, no brindemos por nadie; brindemos por España. ¿No somos representantes de la nación? Pues eso es nuestro primer deber.

Creemos lealmente que España puede prosperar, puede engrandecerse el amparo de la monarquía, y por eso somos monárquicos. Creemos que el partido liberal es el más firme fundamento de la paz pública, el órgano progresivo de todas las aspiraciones nuevas, y por eso estamos con el partido liberal. Creemos que Sagasta, con todas las flaquezas de su voluntad, ¿por qué no decirlo?, representa una tradición histórica, una serie de servicios prestados á la causa que nosotros todos consagramos nuestro afecto, que repito, con todas sus flaquezas, porque en ellas incurren hasta los espíritus más poderosos, viviendo puede ser una esperanza, faltándonos, sería un símbolo.

Señores, con toda franqueza, porque yo digo honradamente y sostengo todo lo que pienso; eso voy á hacer y conseguir.

Yo he tenido en la política española situaciones muy difíciles. Se me llama desleal á mí, que, obligado á marchar del ministerio, he demostrado toda la veneración que exigen los consejos y las decisiones del Sr. Sagasta; pero si de algo me arrepiento es no de haber sido indisciplinado si no de haber tenido disciplina; no de haber tenido falta de amor á los hombres, sino alguna vez flaqueza para servir á las ideas.

Yo quiero en los años que me quedan de vida reconcentrarme en mí solo, reconcentrarme en mi fé, en mis ideales.

Ya España está dividida en dos

grandes bandos: el progresivo, nuevo, democrático, vivo en nuestro espíritu, en nuestra alma, fundado en la libertad en el progreso y en la democracia, y frente á él, enérgica, solapada y artera, la lucha de la reacción sostenida por poderes ocultos ó extraños, que quieren oponerse al vigoroso desarrollo de la raza española.

Yo estoy con los míos, con los hombres modernos. Al subir al Gobierno los pedí una tregua á los republicanos.

Cuando fui á Cataluña, yo, ministro leal al rey, saludé á los republicanos, y el otro día, en el Tiro Nacional, los saludé también llamándoles á la defensa de la patria.

Entiendo que ante la lucha que se avecina, demencia y error sería el que no nos ayudaran los republicanos, y en nosotros grande torpeza no auxiliarlos á ellos. Cuando son débiles, lo siento porque los quiero unidos, fuertes. Fuertes nos arrancaron á nosotros, los hombres de la monarquía, las grandes concesiones progresivas. Este es mi horizonte, mi cielo, mi bien.

Nada más, señores. Pensaba haber contenido las expresiones de mi gratitud en límites más estrechos.

Es vuestro cariñoso aplauso, es vuestro aliciente, el estímulo de vuestra benevolencia el que me ha impulsado. Yo es también otra cosa. Seamos, señores, sinceros. Yo creo que estaremos juntos mañana, pero el haber partido el pan en esta mesa no obliga á nadie sino á conservar un recuerdo imperecedero de los amigos cariñosos, de vosotros, fraternales amigos del alma.

Mañana, cumpla cada cual sus deberes. No vuelvo la vista atrás, para no ser como la mujer de Loeb, para no convertirse en estatua de sal.

Dijo desde el Gobierno, con las responsabilidades del cargo, y desde el Tiro Nacional. Españoles: Llegaremos ¡adelante, adelante! Y hoy lo repito: La patria nos lo demanda. De nuestro lado están el peligro y la salvación; del otro están el peligro y la vergüenza!

Y digo ahora un solo brindis, que los centega todos: Por España, que es más grande que la monarquía y la República, que los partidos y los obreros.

Los principales párrafos del discurso del Sr. Canalejas, fueron acogidos con estruendosos aplausos, tributándosele una ovación al terminar.

LA INMORALIDAD EN MURCIA

Signe el Sr. Gobernador (¿!) en Archena, sin mejoría en su importante salud y sin enterarse de que va siendo imposible para las personas decentes vivir en Murcia entre tantas hijas del pecado como infestan á la ciudad de las siete coronas, que pronto añadirá una nueva á su escudo: la de la *virtud*.

Deseamos al Sr. Gobernador (¿!) un pronto restablecimiento, para que lo veamos aquí, tan bueno como aquel que decía:

Aquí está D. Juan Tenorio para quien quiera algo de él.

Anoche, de ocho y media á diez, los vecinos de la calle de la Trapería, y los concurrentes á los cafés que en ella existen, disfrutaron de la presencia de cuatro pecadoras (¡cuatro!), que por allí exhibían su descoco, tranquilamente.

Algo se ha conseguido de la campaña en la prensa: Que en vez de ser dos candidas palomas las que por allí discurren, sean cuatro. ¡Qué fortuna la de vivir en la ciudad de las siete coronas, y tener gobernador...! aguado!

Sr. Gobernador (¿!): Los vecinos de la calle del Val de San Juan, viven como en la gloria. Allí, entre *ángeles inocentes* y *tantas* de diversas edades, se oyen cosas que á V. S. mismo, señor Gobernador, (¿!) espantarian y eso que los castos oídos de V. S. no deben ser muy asustadizos.

Señores V. S., malas, retemalas son las mozas muy listas, pero hay *tantas* peores, digan lo que quieran los termómetros: Y los *termómetros* dicen mucho...

Se habla también de una planchadora, que sostiene con una tabernera ciertos diálogos, que si no brillan por lo

castizos, son modelo de pulcritud y buen gusto.

A entrambos establecimientos concurre numeroso, aunque no muy escogido personal del bello sexo, y sería justo que los agentes de vigilancia estudiasen el mérito de los planchados y el mérito de las bebidas. Esto último es fácil, porque la taberna está abierta hasta las diez y media y once de la noche, á pesar de los pesares.

De la calle de San José, sólo diremos que es la mismísima antesala del infierno, y si un Dante moderno la visitase, colocaría de lado á lado un cartelón que dijese: «Haced testamento los que por aquí paseis.» ¡Cuidado! que el casto José diría cosas si viera á las mujeres de Putifar que hay en esa calle! Sr. Gobernador (¿!): imite V. en sus exclamaciones de asco á aquel casto mancebo y sanee un poquito, un poquito nada más, la calle de San José.

Las personas decentes á las que su mal lleva por el Arco de San Juan, presenciaban en la calle del mismo nombre, cosas que no pueden decirse.

¿Nos denunciará V. S. si le decimos que la pareja está siempre en cierta casa y no obstante permite que se solacen la vía pública las sacerdotisas de Venus?

Pues bien, denunciemos V. S., pero dé órdenes para que no se formen corrillos á la puerta de ese Olimpo de menor cuantía, porque el barrio de San Juan no es de lo porcino de Murcia.

La calle nueva de San Agustín, es asimismo afortunada, aunque el señor Gobernador (¿!) lo ignora. Allí han hecho nido unas aves del paraíso y convendría deshacerlo, siquiera por dar gusto á la decencia, que lo exige con mucha necesidad. ¿Quedamos en que... tampoco se nos hará caso?

El «Diario» de hoy escribe acerca de lo ocurrido en Valencia, en la Infracorona del Corpus y sin embargo no dice una palabra de lo que ocurre con la inmoralidad en Murcia. Esos es lo lógico: A regenerar á Valencia y á Murcia ¡que la parta un rayo!

Recomendamos á los agentes de la autoridad un saludable paseo por el id. de Garay, desde las diez de la noche en adelante; no por que se tome allí muy bien el fresco, sino para impedir que se reproduzcan espectáculos que hacían las delicias de los eróticos en el ateniense Jardín de los Poetas.

Si supiéramos que iba á servir de algo, diríamos que anoche las pecadoras sevillana y acompañantes, se lucieron de lo lindo por la Platería, como diciendo á las personas decentes: ¿No quereis caldo? Pues tres tazas. Asimismo, nos quejaríamos de que anoche como anteaunque ocuparan sus asientos de costumbre en el segundo anfiteatro del Romea, los ángeles caídos, que tanta indignación producen al codearse con la honradez... Señor Gobernador (¿!) ¡que vivimos en la sexta capital de España! ¡En la sexta y no en el sexto... villorrio!

¡MÁS APRISA D. TEODORO!

Reproducimos la pregunta hecha en números anteriores, ya que no sabemos cuando se servirá nuestro distinguido (!!) Alcalde dar contestación á ella.

¿Qué hay de la biblioteca agrícola concedida á este Ayuntamiento por el Sr. Canalejas, á su paso por el ministerio de Agricultura?

Queremos se haga saber al público por el Sr. Danio si se ha retirado ya del ministerio la biblioteca, y caso negativo, la causa que lo motive; si se ha retirado, cuando se vá á abrir al servicio público; por que créalo nuestro sapientísimo y celosísimo Alcalde, hay quien se preocupa de estas pequeñeces, y para algo se habrá dotado á nuestra casa del pueblo de la *recitada* biblioteca.

Desde el alto sitial de su cargo soberrano ¿se habrá puesto la prensa «por montera» nuestro flamante alcalde? ¡MÁS APRISA D. TEODORO!

